

I

Muchos de los periodistas que me entrevistaron cuando publiqué mi última novela, en la primavera del año 2005, me preguntaron por mis nuevos proyectos literarios. Yo, que por aquellas fechas había comenzado ya a recopilar los documentos que iba a necesitar para preparar mi siguiente libro y que había redactado incluso el borrador de dos o tres capítulos, les respondí a todos, con alguna grandilocuencia, que después de haber estado escribiendo siempre textos intimistas y sentimentales, me encontraba dispuesto ahora, por fin, a escribir una obra de intencionalidad política. Ésa era, en efecto, la tarea en la que estaba empeñado desde hacía tiempo, y para ello había ido anotando en un cuaderno, como suelo hacer, algunos hilos narrativos, el perfil de los personajes principales y varias ideas deslavazadas que podrían guiarme a medida que fuera adentrándome en el laberinto del relato. Quería crear una historia que mostrara las grandes supercherías ideológicas de nuestra época.

La primera escena se desarrollaba en las cocheras del Ayuntamiento de Oslo durante la gala de entrega del Premio Nobel de la Paz a Henry Kissinger, en diciembre de 1973. El chófer que había sido encargado de conducirle hasta allí y de llevarle luego de vuelta a la Embajada estadounidense o a la residencia en la que se alojara recordaba con detalle, mientras esperaba el final de la ceremonia, todas las tropelías y los desafueros que Kissinger había cometido en el mundo. Sentado sobre el capó de un Rolls-Royce que estaba aparcado entre muchos otros coches suntuosos de embajadores, reyes y caudillos, el chó-

fer inventado por mí imaginaba las atrocidades debidas a la mano o al consentimiento del ministro al que se honraba: los féretros de miles de soldados norteamericanos caídos en Vietnam después de que él, al servicio de Nixon, malograra para ganar las elecciones la paz concertada por el presidente Johnson; el cráneo reventado de Salvador Allende y las celdas de tortura chilenas; los cuerpos desmembrados de campesinos camboyanos; los descuartizamientos de niños en Bangladesh. Mientras cavilaba acerca de todas esas brutalidades —que gracias a mi liberalidad literaria y a mis anacronismos históricos él conocía con fabulosa exactitud, como si en lugar de ser conductor de automóviles fuera agente secreto o nigromante—, escuchaba a lo lejos, en los salones del Ayuntamiento, los aplausos con que se saludaban los discursos panegíricos y las músicas que la orquesta hacía sonar para agasajar al asesino. No le escandalizaba la crueldad que veía en el mundo, sino la recompensa que se daba a quienes la administraban. No le desconsolaba que los criminales quedaran impunes, sino que fueran glorificados. Con una amargura extraña, colérica, el chófer, que durante su juventud había vivido en California los tumultos del movimiento hippy y que había soñado luego con la rebelión de los justos, sentía llegado el momento de hacer algo heroico para escarmentar a las alimañas y a sus cortesanos. Después de muchos años de desfallecimiento y de desesperanza, tenía ahora en sus manos la posibilidad de cambiar la Historia. Bastaría con desviarse de la ruta indicada en el regreso y llevar el Rolls-Royce hasta el puerto para arrojarlo al mar. Nadie podría evitar que Henry Kissinger, el asesino laureado, muriera, y aunque él mismo, el chófer benefactor, perdiese también la vida para lograrlo, su ejemplo ennoblecería a los hombres para siempre y haría del mundo un lugar más justo.

Cuando después de un rato Kissinger volvía al coche, el chófer, nervioso, arrancaba detrás de los otros ve-

hículos de la comitiva con la determinación de cumplir su plan. Avanzaban despacio por las calles de Oslo (yo acababa de visitar Noruega y podía describir un recorrido por la ciudad con la ayuda únicamente de un plano) hasta llegar a la fortaleza, donde él debía desviarse, abandonar la caravana de escoltas y lanzarse a las aguas del fiordo sin que nadie tuviera tiempo de impedirlo. Pero en el último momento, cuando atravesaba el cruce en el que tenía que cambiar la dirección del coche y enfilarse a la muerte, el chófer, sobrecogido por la grandiosidad del acto, comprendía de repente que no serviría de nada, que no daría ejemplo a otros y que lo único que quedaría de aquella proeza sería la leyenda. Dócilmente, entonces, seguía el rumbo de la comitiva y llevaba a Kissinger hasta su residencia.

En ese trance se acababan las páginas que había escrito de mi novela política cuando me entrevistaron los periodistas. A partir de ese instante, pensaba hacer vivir al chófer una crisis existencial llena de remordimientos que le llevara, pocos meses después, a ingresar en uno de los grupos terroristas revolucionarios que había por aquellos años en Europa y a tratar de enmendar en él su cobardía de Oslo matando a alguno de los gobernantes que, como Kissinger, asolaban el mundo. Con estilo de novela policial —como me habían pedido siempre mi editora y mis agentes literarios para poder llegar a la sensibilidad de más lectores—, el chófer terrorista perseguiría a Valéry Giscard d'Estaing, a Pablo VI, a Leonidas Breznev, a Giulio Andreotti, a Erich Honecker, a Gerald Ford e incluso a Francisco Franco, que todavía no había muerto en aquella fecha. No conseguiría matar a ninguno, y al cabo del tiempo, cuando su grupo guerrillero fuera desarmado y destruido, él regresaría a Oslo, desengañado de todo, y volvería a ejercer su profesión lastimeramente. La novela debería acabar con un episodio —del que no tenía los mimbres demasiado trenzados— en el que el chófer encontraba una segunda oportunidad de redimir el yerro

que cometió con Kissinger. Trasladando durante una solemnidad política a un prohombre que yo aún no había elegido definitivamente (quizás alguno de los Bush; Silvio Berlusconi, José María Aznar, Pinochet, Fidel Castro o el papa Wojtyła), se separaría con decisión del séquito de escoltas y encaminaría el vehículo hacia el océano. Ése era el final: la carrera del coche desbocado dirigiéndose al abismo.

En aquellos primeros meses de 2005 acababa de ser publicada también, poco antes que la mía, una novela que defendía apasionadamente la Revolución castrista de 1959, y su autora, que cuenta desde hace tiempo con mucho predicamento en los medios de comunicación y en los cenáculos intelectuales, había pregonado en los periódicos algunas ideas sobre el espíritu del comunismo cubano que me espeluznaban y me hacían dudar, una vez más, de que la instrucción, la cultura y la sabiduría sirvieran realmente para comprender la vida y hacer prosperar el mundo, y no, por el contrario, para empachar las mentes. Yo no tenía propósito de hablar con prolijidad de Cuba en el relato de las peripecias del chófer terrorista, pero quería contar sin remilgos algunas de las aventuras que había vivido en mis viajes turísticos a la isla. Después de leer los desvaríos revolucionarios de la autora castrista, decidí recrear por separado uno de esos episodios —que ya tenía esbozado en mi cuaderno— y enviarlo a un periódico para que lo publicara. El artículo, en el que yo describía mi encuentro con un muchacho de Camagüey fríamente, sin afeites expresivos ni ideológicos, apareció pocos días más tarde en la edición dominical del periódico. Estaba encabezado por un título en el que la ironía, de trazo grueso, me había salido asilvestrada: «El paraíso de los desheredados».

El muchacho de Camagüey se llamaba Carlos y tenía dieciséis años. Conservo varias fotografías cuyas tomadas a lo largo del día que pasé en la ciudad, y por ellas

recuerdo ahora su apariencia. Era más o menos de mi estatura, pero la flacura del cuerpo, consumido por el hambre, le hacía parecer más alto. Las piernas estaban tan descarnadas que el grosor de los muslos no se distinguía del de los tobillos. Tenía la piel muy morena, y el pelo, rubio, le relucía con ese brunitamiento que sólo se logra en la vida callejera. La expresión del rostro, sin embargo, no era de pícaro, sino de serafín candoroso y manso. Los labios se le quedaban siempre un poco entreabiertos, con mohín de bobo, y los ojos le chispeaban. Vestía una camiseta deportiva de tirantes, raída en uno de los costados, y unos pantalones cortos demasiado grandes para su envergadura. Debajo no llevaba calzoncillos ni braguero (la ropa interior era un lujo en algunas regiones de la isla), y para sujetar el movimiento de los genitales, ostentoso e incómodo, se pinzaba el prepucio con el elástico del pantalón. De ese modo, el pene quedaba inmóvil contra el cuerpo.

Yo había viajado a Cuba con un grupo de turistas para recorrer la isla desde Santiago, al sureste, hasta La Habana, en el extremo contrario. Llegamos a Camagüey por la mañana temprano, después de un viaje de varias horas que habíamos comenzado al amanecer. El autocar se detuvo en una plaza, cerca de una iglesia, y nos bajamos todos para iniciar la visita monumental. Nada más pisar la calle, mientras el guía nos daba las primeras explicaciones acerca de la historia de la ciudad, se arrimaron a nosotros varios lugareños que, como es habitual en Cuba y en otros países de miseria triunfante, ofrecían su compañía a cambio de algún provecho. Carlos estaba entre ellos, pero permanecía apartado, mirando con vergüenza desde lejos hacia el grupo. Me fijé en él enseguida por su belleza anémica y por su gesto desengañado, que le avejentaba. Cuando emprendimos la marcha, siguiendo al guía, algunos de los cubanos que se habían acercado a nosotros se unieron al grupo y empezaron a conversar con quien más disposición mostraba para acogerles. A mí, que viajaba acompa-

ñado de un amigo, no me abordó nadie, pero Carlos, que había advertido mi atención, caminó a nuestra sombra, a pocos pasos, vigilando todo lo que hacíamos. Después de explorar la ciudad durante un rato y de entrar en sus principales edificios históricos, el guía nos abandonó para que paseáramos a nuestro antojo. Me aproximé entonces a Carlos, que continuaba mirándonos encandilado, como si fuéramos aparición o maravilla, y le pregunté si quería comer con nosotros. Tardó en responder. Con aspavientos de susto, nos miró a mi amigo y a mí una y otra vez, parpadeando, y al fin, en susurros, aceptó. Como no era todavía la hora del almuerzo, le pedimos que nos llevara a algún lugar pintoresco de la ciudad que no nos hubiese enseñado el guía. Al oír la proposición, tuvo un escalofrío que parecía de espanto y dijo con la voz temblona que no había lugares de ese tipo en Camagüey. Sin entender bien su prevención, le expliqué que no buscábamos rincones artísticos o rarezas arquitectónicas, sino mercados, tabernas con bulli-cio o barriadas de las afueras en las que poder ver cómo vivía la gente. Dudó aún unos instantes, pero al cabo, convencido de que no tenía elección, comenzó a andar calle arriba delante de nosotros.

Guiados por él, visitamos una feria de artesanía local que había en un parque, un mercado de alimentos instalado debajo de un hangar y un edificio municipal donde se llevaba a cabo una ceremonia extravagante en la que algunas niñas, vestidas como novias y con la cara pintada igual que rameras, celebraban, a los trece o los catorce años, la entrada en la madurez. Después del vagabundeo por la ciudad, buscamos un restaurante para comer. Carlos, cauteloso, nos acompañó hasta la puerta e hizo intención de quedarse fuera esperándonos. No hubo que insistir mucho, sin embargo, para que entrase y se sentara a la mesa, pues el hambre le desfiguraba el rostro. Dejó que eligiéramos nosotros lo que podía comer y, cuando estuvieron los platos servidos, comenzó a engullirlos con una

felicidad que no he visto nunca más en nadie por esa causa. Era un guiso de pollo con arroz y frijoles, pero lo comía como si fuera un manjar de sabores extraordinarios. Yo había oído hablar muchas veces a mi abuelo del hambre que él y su familia habían pasado durante la guerra española, en el Madrid sitiado, pero jamás había tenido frente a mí a alguien que, desmayado por el ayuno, se embuchara los alimentos con aquella ansia que no se sabía muy bien si era de gozo o de aprensión. Comió su plato, de doble ración, y las sobras de los nuestros, y después, cuando terminó de paladear el dulce de los postres, nos miró por primera vez en todo el día con confianza. Le pregunté entonces, bromeando, si ahora que tenía el estómago lleno podía abandonar por fin las precauciones y los miramientos. Se rió con los ojos entrecerrados, amodorrándose por la digestión, y comenzó luego a contar apaciblemente cuál era la causa de sus recelos.

En Camagüey se detenían cada día varios autocares de turistas como el nuestro para ver la ciudad y pernoctar en ella. Los buscavidas acudían corriendo al olor de los favores que podían encontrar ahí, y Carlos, que pasaba hambre y no tenía ropa con la que vestirse, deambulaba cada día, desde muy temprano, con la esperanza de cautivar a algún visitante y obtener recompensa de ello. Unos meses antes del día en que nosotros estuvimos en Camagüey, había llegado a la ciudad uno de esos autocares, cargado en esta ocasión de turistas colombianos. Los muchachos que acechaban la carretera de entrada se habían acercado enseguida a él para repartirse el botín. Carlos abordó a una pareja joven que, con cámara de fotos y morral de viaje, parecían dispuestos a pasar un día espléndido en Camagüey. Se ofreció a enseñarles la ciudad y a explicarles todas las fábulas históricas que los relatores municipales contaban en los anales. Ellos, afables, aceptaron la proposición y se dejaron guiar obedientemente a las iglesias, a los palacios y a los caserones coloniales. Mien-

tras iban de sitio a sitio, conversaban con Carlos de la vida en Camagüey. Le preguntaron cuántos hermanos tenía, qué curso estudiaba, cómo era su novia. Le preguntaron por qué estaba tan flaco y a qué sustancia extraña le olían la ropa o la piel. Él, riendo, con bromas de chiquillo, les contó las mismas cosas que nos había ido contando a nosotros aquel día. Estaba tan flaco porque con lo que ganaba su madre, que trabajaba en una fábrica haciendo manufacturas, no llegaba para alimentar bien a los cuatro hermanos de la familia, de modo que comían sólo cuando se podía. La ropa le olía a una glicerina que su madre preparaba con las escorias que recogía de la fábrica, pues el jabón era un lujo excesivo que únicamente se permitían cuando alguien se lo regalaba. En la escuela se divertía mucho, aunque algunos días, si su madre le encomendaba faenas de intendencia, tenía que faltar a las clases. Les fue hablando sin malicia de todo aquello que querían saber, y al cabo de una hora de paseo, cuando en el enredo de calles volvieron a pasar frente al autocar, los forasteros le pidieron a Carlos que subiera un momento con ellos para recoger unas cosas. El muchacho, creyendo que le obsequiarían con jabones o bolígrafos, como solían hacer los turistas satisfechos, les acompañó. En cuanto estuvieron dentro, al resguardo de miradas, le sujetaron por la fuerza, sin que él ofreciera resistencia, y le esposaron. Mientras Carlos trataba de comprender lo que ocurría, ofuscado, los colombianos le informaron de que estaba detenido por traicionar a la Revolución. No eran turistas, sino policías entrenados para atrapar a quienes hablaran mal de la patria delante de extranjeros y se burlaran de los logros del socialismo en la isla. Carlos había hecho ambas cosas, porque mostrar el hambre, la desnudez y la penuria era, en la ley de la Revolución, desleal e infame.

Estuvo en la cárcel de Camagüey dos meses. La primera semana la pasó en un calabozo a pan y agua, pero después le trataron con tantas atenciones que en ocasiones,

según contaba, echaba de menos aquella época, pues comía cada día tres veces, casi siempre caliente, y malgastaba el tiempo travesando con sus compañeros o durmiendo. Después de salir de prisión tardó varios meses en acercarse de nuevo a un autocar de turistas, pero la miseria le acabó persuadiendo de que era mucho peor seguir consumiéndose sin hacer nada que correr el riesgo de ser detenido otra vez por la policía de la Revolución. Aquel día que nosotros pasamos en Camagüey era el primero en que reanudaba sus bregas callejeras. Por eso estuvo tan huidizo y asustado hasta que se convenció, por la fuerza de las obras, de que no éramos impostores.

En el artículo, que tenía un tono descriptivo y desapasionado, no quise contar ninguno de los episodios que tuvieron lugar esa misma noche, cuando, después de dormir mi amigo y yo la siesta y de pasar la tarde bañándonos en la piscina del hotel, volvimos a reunirnos con Carlos en el pueblo para asistir a un recital de troveros que cantaban sones y habaneras en el patio de un caserón señorial. El muchacho, puntual, acudió a la cita con una de sus hermanas y con su novia, que eran de una edad parecida a la suya. Las traía como ofrenda de agradecimiento: eran jóvenes, guapas y complacientes, de modo que con ellas podía costear los favores que le habíamos hecho durante la mañana y que sin duda seguiríamos haciéndole durante la noche. Pagaba el almuerzo y la cena con dos putas serviciales que, en recompensa, esperaban llevarse también alguna ganancia. Invitamos a los tres a beber refrescos y a tomar helados en el patio del concierto, que estaba lleno de turistas a quienes acompañaban, como a nosotros, sus protegidos ocasionales. Mientras los troveros entonaban canciones de amor, la hermana y la novia de Carlos se ocupaban de demostrarnos sin rodeos para qué propósito habían sido invitadas a la ceremonia. Sentadas cada una al lado de uno de nosotros, aprovechaban cualquier oportunidad para sobarnos los muslos, hacernos carantoñas aca-

rameladas (dándonos a comer helado de sus dedos, por ejemplo) o, más decididamente, buscarnos la suerte en la entrepierna. Carlos, entre tanto, ufano por la hospitalidad que nos brindaba entregándonos a su novia y a su hermana, fingía atender a los músicos. Apurados por aquel trato indecoroso, tuvimos que hacer un aparte con él en uno de los soportales del patio para avisarle de que no deseábamos continuar con el cortejo. Extrañado, nos preguntó si acaso no nos parecían guapas las chicas que había traído, porque de ser ése el caso mandaría a buscar enseguida a otras mejores para que nos alegraran la fiesta. Le confesamos entonces, avergonzados, que las mujeres no nos divertían demasiado, considerando que esa confianza bastaría para hacerle desistir de sus afanes. Pero al escucharnos se le iluminó la cara de felicidad y nos abrazó emocionalmente. Despidió sin contemplaciones a su hermana y a su novia, que se marcharon decepcionadas, y en cuanto estuvimos a solas nos explicó que a él tampoco le divertían las mujeres. Aprovechando la oscuridad —era noche caribeña y sólo había una vela en cada mesa iluminando—, comenzó a acariciarnos a uno y a otro en las mismas partes en las que ya nos habían acariciado sus rameritas poco antes. Yo traté de desembarazarme de él delicadamente, aparentando, para no ofenderle, que no me daba cuenta de sus intenciones. Pero el muchacho, que no había sido educado con mucho esmero en las artes de la argucia, porfió creyendo que si le rehusaba era sólo por cortesía o por vergüenza. Al final, abochornado, le reconvine con dulzura y le rogué que dejara de manosearnos, pues no tenía con nosotros ninguna deuda que saldar de aquella manera. Mientras le hablaba vi a la luz de la vela sus ojos. Estaban achicados, entristecidos. Para él, quizá, era más indigno no tener nada con que pagar nuestras atenciones que pagarlas de aquel modo ignominioso. Algunos años después, recordando la lástima con que Carlos me miró en ese instante, comprendí que a veces la mejor forma de ser

generoso con alguien no es evitando su humillación, sino consintiéndola. O incluso procurándola.

El artículo que escribí sobre Carlos no tuvo, a pesar del apasionamiento con que lo hice, ninguna gloria. Algunos amigos me llamaron para preguntarme si todo lo que contaba en él era cierto o si, ayudado por mi fantasía creativa, lo había inventado, pero después de la primera semana ya nadie volvió a mencionarme mis andanzas caribeñas, y yo, que en esos tiempos andaba abrumado con otros trajines, me olvidé enseguida de Cuba y de los métodos policiales con los que los guardianes de la Revolución forjaban al Hombre Nuevo. Por causa de ese artículo ignorado, sin embargo, tuve que abandonar pocos meses más tarde la novela que había empezado a hilvanar —antes de que el chófer comenzara sus fechorías— y me vi enredado en un laberinto de crímenes, imposturas y desvelamientos fantasmagórico. Al final de todo, mucho tiempo después, mi vida volvió a ser apacible, pero desde entonces no soy ya capaz de concebir otro destino para un hombre justo que el de asesinar a Henry Kissinger o a quienes le emulan.